

Cuando el emperador estaba en Compiègne, los representantes de Austria, Francia y Cerdeña firmaron el 10 de noviembre en Zurich el tratado de paz, definitivo. Estos representantes eran: por Austria, el conde Karoleji y el barón de Meisenberg; por Francia el barón de Bourqueney y el marqués de Banneville, y por Cerdeña los Sres. Ambrois y Facticeau. Las tres potencias se comprometían á favorecer con todos sus esfuerzos la creación de una Confederación entre los Estados italianos, la cual estaría bajo la presidencia honoraria del papa y cuyo objeto sería mantener la independencia y la inviolabilidad de los Estados confederados, asegurar el desarrollo de los intereses morales y materiales y garantizar la seguridad interior y exterior de Italia mediante la existencia de un ejército federal.

«El Véneto, que continuará perteneciendo á la corona de S. M. imperial y real apostólica, formará uno de los Estados de esta Confederación y participará de los deberes así como de los derechos que resulten del pacto federal, cuyas cláusulas las determinará una asamblea compuesta de representantes de todos los Estados italianos.»

El artículo relativo á los príncipes destronados estaba concebido en estos términos: «Como las circunscripciones territoriales de los Estados independientes de Italia, que no se habían fraccionado durante la guerra, no pueden cambiarse sino con el concurso de las potencias que han presidido á su formación y reconocido su existencia, los derechos del gran duque de Toscana, del duque de Módena y del duque de Parma quedan expresamente reservados entre las altas partes contratantes.»

La paz firmada en Zurich tuvo por consecuencia el nombramiento del príncipe de Metternich para embajador de Austria en Francia. El nuevo embajador entregó sus credenciales el 14 de diciembre: «Tengo la firme esperanza de que las relaciones afortunadamente restablecidas entre el emperador de Austria y yo no pueden menos de ser amistosas mediante el detenido examen de los intereses de ambos países. Desde que he visto al emperador, doy por mi parte gran valor á su amistad personal.»

El príncipe de Metternich tenía treinta años; la princesa veintitrés. Por su juventud, su elevada situación y sus atractivos personales, marido y mujer de-



EL PRÍNCIPE DE METTERNICH

bían brillar en la corte de las Tullerías. Napoleón III procuraba, cosa difícil, estar bien á la vez con Viena y con Turín.

En el fondo, el tratado de Zurich lo dejaba todo en suspenso. Uno de los firmantes, el barón de Bourqueney, había dicho al regresar á París: «Os traigo una paz, pero no la paz.» El gobierno piemontés, envalentonado por la impunidad concedida á sus manejos, había colocado todos los Estados de la Italia central y las Legaciones bajo la autoridad de su comisario, el Sr. Buoncompagni. A los partidarios del derecho antiguo sólo les quedaba una esperanza: el Congreso. Napoleón III había escrito desde Compiègne el 9 de noviembre á Víctor Manuel: «Se va á convocar el Congreso: él sólo puede allanar las dificultades actuales. Mostrad energía y probad que la paz firmada es cosa seria; de lo contrario, perderéis la Italia.» Creíase que el Congreso se reuniría en París en enero. Las grandes potencias, el papa y todos los soberanos italianos debían estar representados en él. El conde de París se preparaba á ir á París como primer plenipotenciario del rey Víctor Manuel, y escribía á su amigo M. de la Rive: «Si venís á París este invierno, me encontraréis en el hotel Bristol; he tomado justamente la habitación que ocupaba en 1856 el conde Buol, porque ya sabéis que me ha gustado siempre invadir el territorio austriaco.»

El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, decía en un despacho dirigido al conde Walewski: «El nombramiento del conde de Cavour como plenipotenciario, vivamente deseado por la opinión pública, ha sido también favorablemente acogido por los hombres moderados. La *Sociedad del Whist* de Turín, la mayor parte de cuyos individuos pertenecen á la alta aristocracia piemontesa y que hasta el presente había hecho una viva oposición á la política de M. de Cavour, acaba de elegirle para presidente..... No me ha ocultado la satisfacción que le causaba el representar á Italia en un congreso europeo. Me ha dicho que tenía gran confianza en el emperador, que estaba persuadido de que S. M. no querría dejar incompleta la obra comenzada y que defendería hasta el extremo en el Congreso la causa de Italia. Aludiendo en seguida á las relaciones personales que en otra época había tenido con el emperador, me ha asegurado que tenía á S. M. el más respetuoso agradecimiento; ha negado enérgicamente que profririera las frases violentas que se le atribuyeron cuando la paz de Villafranca..... Hace pocos días decía al general La Marmorá que si entonces hubiera pensado que las cosas debían marchar como han marchado, no habría creído necesario retirarse.»

En el mismo momento en que todo el mundo creía en Europa en la reunión inmediata de un Congreso, Napoleón III había adquirido la convicción de que esta asamblea diplomática le pondría en el mayor aprieto y le obligaría á enemistarse con Austria ó con el Piemonte. En concepto del gobierno de Viena, debería trazarse el programa de antemano y no se podría salir de él con ningún pretexto; el objeto sería confirmar los antiguos convenios, no destruirlos.

El gobierno prusiano no dejaba ignorar que la adhesión del príncipe regen-

te al principio legitimista no permitiría la aprobación de empresas recientes. En cuanto á Rusia, se opondría, en nombre de la solidaridad de las coronas, á anexiones contrarias al derecho internacional.

Todos los soberanos italianos, excepto Víctor Manuel, considerado por ellos como usurpador, estaban á favor de Austria. En Nápoles reinaba desde el 22 de mayo un soberano joven, Francisco II, adicto á la corte de Viena. Estaba casado con una hermana de la emperatriz esposa de Francisco José. Amenazado por la revolución, tenía horror á la política piemontesa y consideraba á Víctor Manuel como sectario y cómplice de Mazzini. Entre las cortes de Rusia y Nápoles existían vínculos de amistad especiales. El emperador Nicolás había sido amigo del rey Fernando, padre de Francisco II, y el emperador Alejandro II manifestaba gran interés por el joven monarca. El rey de Nápoles, apoyado por Rusia y Austria, haría inevitablemente causa común con los príncipes de la Italia central y con el Papa. Por lo que respecta á Pío IX, pedía ante todo que se le devolvieran las Legaciones, y no reconocía á un Congreso ni á ningún poder humano el derecho de despojarle de sus Estados.

Napoleón III, comprometido por las promesas que había hecho á Francisco José cuando la paz de Villafranca y por las recientes estipulaciones del tratado de Zurich, no habría podido, sin que se le tachara de doblez, apoyar en un Congreso las ambiciones de Víctor Manuel. En cuanto á Inglaterra, sostenía en apariencia las aspiraciones italianas; pero el día en que fuera menester pasar de las palabras á los hechos y prestar un auxilio efectivo al Piemonte, se apresuraría á esquivarse. Quería sin duda favorecer la causa italiana, pero con la condición de que no tendría que hacer ningún sacrificio ni correr ningún riesgo. Tener en un Congreso la balanza igual entre la reacción y la revolución era cosa imposible. Napoleón III, decidido á no comenzar otra vez la guerra, no tenía más que una idea: impedir la reunión de un Congreso que no podía dar otro resultado sino el malogro de la causa italiana ó la nueva ruptura de las hostilidades.

Un folleto anónimo publicado en París el 22 de diciembre con el título *El Papa y el Congreso* iba á cambiar la faz de las cosas. Anunciado con trompetas y clarines por los periódicos oficiosos, aquel folleto de sensación tenía sin duda á Napoleón III, ya que no por autor, al menos por inspirador. «Yo no lo he escrito, dijo á muchas personas, pero apruebo todas sus ideas.»

Nada podía ser más desagradable á Pío IX que esa publicación que le prodigaba alabanzas, pero que pedía que se le desposeyese de las Romañas y decía acerca de su poder temporal: «Cuanto más pequeño sea el territorio, más grande será el soberano..... El poder del Papa resultará de su debilidad más bien que de su fuerza.» Estas frases arrancaron gritos de cólera. Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, publicó una refutación indignada del folleto. *El Diario de Roma*, órgano del Vaticano, declaró el 30 de diciembre que «era un verdadero homenaje á la revolución, una tesis insidiosa para los espíritus débiles é inhábiles para reconocer el veneno oculto, un motivo de dolor para todos los

buenos católicos.» El Congreso se había hecho ya imposible. No se podía pedir al Papa que se hiciera representar en una asamblea diplomática donde se trataría de tomar nota de su expropiación como un hecho consumado. A excepción de Inglaterra, todas las potencias no católicas censuraban el opúsculo.

El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía en 31 de diciembre al conde Walewski: «El folleto *El Papa y el Congreso* produce un efecto deplorable. El príncipe Gortchakoff me decía anoche: — No comprendo por qué vaciláis en desautorizarlo formalmente por medio de una nota publicada en el *Moniteur*. Os digo esto como amigo: Europa necesita reposo; si lo turbáis periódicamente, inspiraréis recelos á todo el mundo y acabaréis por enajenaros á vuestros mejores amigos.»

El folleto había sido publicado sin que lo supiera el conde Walewski, con cuyas ideas estaba en abierta oposición. El emperador gobernaba contra su propio gobierno: el ministerio de Negocios extranjeros no era más que un testafarro. No queriendo ser instrumento de una política censurada por él, el ministro iba á verse obligado á presentar su dimisión.

Napoleón III, después de largas tergiversaciones, había tomado su partido; renunciaba á una Confederación italiana que nadie quería, y desesperaba de obtener para el Véneto un régimen italiano autónomo. Persuadido de que la restauración de los príncipes destronados no podría efectuarse sino por la fuerza, se había decidido á permitir al Piamonte anexionarse sus Estados, pero con una condición: la de que la compensación de este engrandecimiento sería la anexión de Saboya y Niza á Francia. Los celos de las potencias, sobre todo de Inglaterra, debían hacer muy difícil esta combinación, sin la cual Francia se consideraría con razón como burlada. La tarea de la diplomacia iba á ser tan ardua como lo había sido la del ejército, y la realización del nuevo programa imperial debía tropezar con obstáculos de toda clase dentro y fuera de Francia.

El año 1859 había comenzado con las alarmas producidas por la alocución del emperador al embajador de Austria. Terminaba en medio de las inquietudes y de las controversias causadas por la cuestión italiana, sobre todo por la romana. Reinaba gran indecisión en los ánimos. Muchas personas recelaban que las victorias de Magenta y Solferino fueran estériles para Francia. La opinión pública, desconcertada por los problemas que quedaban por resolver, estaba ansiosa y perturbada. El emperador no ignoraba cuánto trabajo le costaría satisfacerla. Comprendía que tanta sangre derramada en una guerra objeto de tan violentas críticas, no se la perdonaría Francia si no recibía, en pago de sus esfuerzos y sacrificios, un engrandecimiento territorial del que pudiera enorgullecerse el amor propio del país.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO	
I. — Viajes imperiales.	5
II. — El príncipe de Prusia.	10
III. — Los comienzos de 1857.	15
IV. — El gran duque Constantino.	19
V. — El rey de Baviera.	23
VI. — El príncipe Napoleón en Alemania.	28
VII. — La situación interior.	35
VIII. — La cuestión de los Principados.	39
IX. — La entrevista de Osborne.	44
X. — La inauguración del nuevo Louvre.	50
XI. — Biarritz.	55
XII. — El campamento de Chalons.	59
XIII. — Estrasburgo y Baden.	63
XIV. — La entrevista de Stuttgart.	66
XV. — Consecuencias de la entrevista.	69
XVI. — El fin de 1857.	74
XVII. — El principio de 1858.	78
XVIII. — El atentado del 14 de enero.	83
XIX. — Después del atentado.	89
XX. — El general Della Rocca.	94
XXI. — El proceso de Orsini.	100
XXII. — El general Espinasse.	105
XXIII. — El conde de Persigny.	111
XXIV. — El mariscal Pelissier embajador.	117
XXV. — El conde de Cavour.	124
XXVI. — Plombières.	129
XXVII. — La entrevista de Cherburgo. — La estatua de Napoleón.	133
XXVIII. — La excursión por Bretaña. — El fin del año 1858.	138
FRANCIA É ITALIA	
XXIX. — El principio de 1859.	145
XXX. — La princesa Clotilde.	152
XXXI. — El folleto anónimo.	155